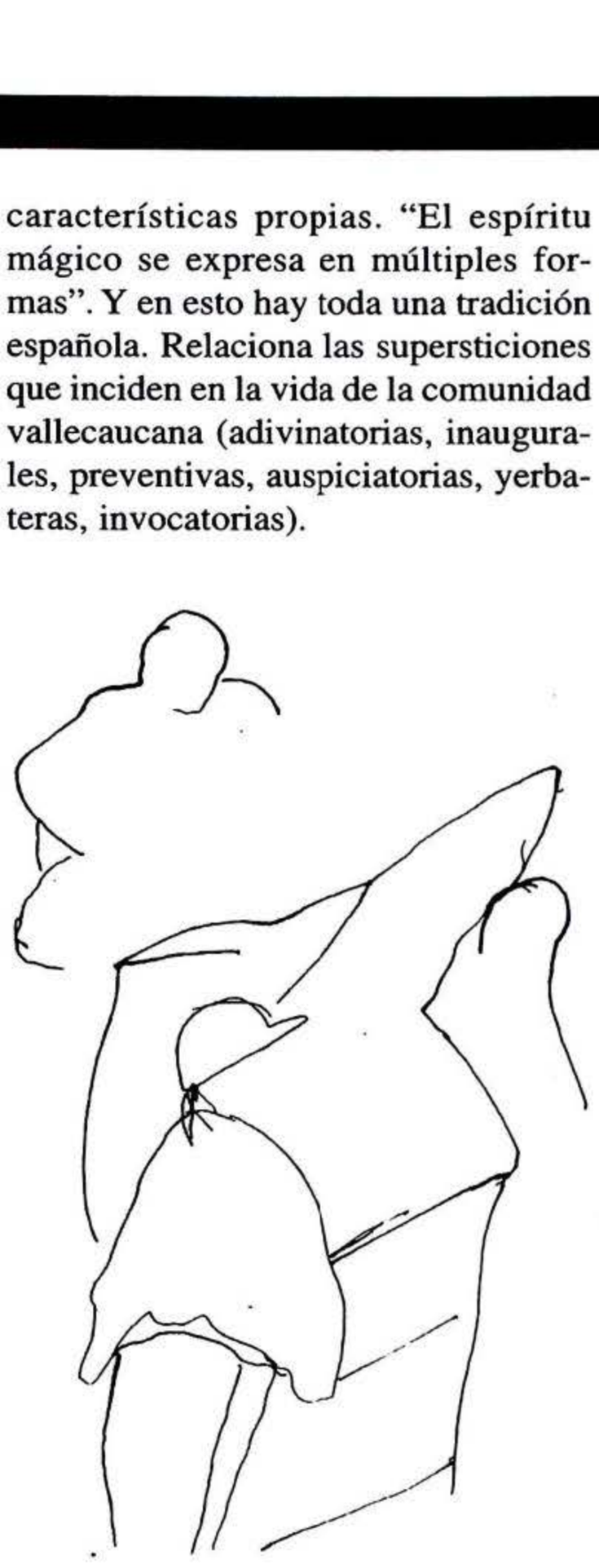
En el capítulo "Vallunos: por qué salseros y algo de santeros" —con presentación de Myriam Jimeno Santoyo— identifica esta música con el ser "caleño" o "vallecaucano" en sus gustos y ocupaciones, al representar la salsa un "sincretismo cultural ocurrido en los últimos 50 años", con orígenes en Cuba y en los barrios latinos de Nueva York, con ascendiente en la música afrocubana y acogida, a su llegada, en la parte plana, en los cultivos de caña y en la costa del Pacífico, por la influencia de la radiodifusión internacional. Tenían los negros en su contra la cacería que de ellos se hizo en África para comercializarlos en América, tras lo cual eran traídos a Cartagena y a Buenaventura, para dedicarlos al laboreo de las haciendas esclavistas, con natural resistencia de su parte en algunos lugares. Y con ellos nace la "santería" en el Caribe. En los barrios populares de Cali, Palmira y Jamundí y municipios vecinos, "para las celebraciones decembrinas se utilizaban comparsas similares a los rituales santeros", "que siempre se acompañaban de música y baile ritual". Se produjo una fusión de lo español y lo africano en la música, y en Cali confluyó hacia la "salsa", como identidad, llegada por Buenaventura y Palmaseca (aeropuerto), en discos y espectáculos que llevaron a la creación de orquestas propias para su difusión.

En el capítulo "Nueva York: el sueño de la gran manzana" refiere la emigración —legal o ilegal— del Valle hacia "la patria del jazz y la salsa", que se devuelve en dólares y con éstos en modalidades expresivas y de gustos, después de experiencias de trabajo dolorosas, de las dificultades que presenta la nueva vida, por la discriminación y los problemas de conducta propios de esa comunidad. El desarraigo no llega a ser completo, porque permanecen alertas a las noticias que les puedan llegar de la patria y del hogar, y desde allí responden al sostenimiento económico de la familia. Por otra parte, se da la solidaridad entre ellos en evocaciones y celebraciones patrióticas y de amistad.

En el capítulo "Agüeros y creencias populares" considera que son motivados por la confluencia del carácter triétnico, a la vez que constituyen herencia universal, sin que dejen de tener características propias. "El espíritu mágico se expresa en múltiples formas". Y en esto hay toda una tradición española. Relaciona las supersticiones que inciden en la vida de la comunidad vallecaucana (adivinatorias, inaugurales, preventivas, auspiciatorias, yerbateras, invocatorias).



En el capítulo "Sancocho de datos y notas" explica la razón de los "platos típicos", y cómo en el Valle el "sancocho" sólo tiene de original "la manera de sazonarlo y de servirlo", porque se consume también en otras latitudes; explica, además, el interés por las corridas de toros, dada la tradición española, de rememoración en festividades y celebraciones públicas. Precisa el año y las circunstancias en que se dio la primera corrida de toros en Cali y cuanto en este aspecto ha hecho la ciudad. Relata, igualmente, historias como la del Señor de los Milagros, de Buga; del Cerro de las Tres Cruces, de Cali; la instalación de una fábrica de hielo, también en Cali, el desarrollo de la navegación en el río Cauca, y el uso de las carretas y los carruajes llamados "victorias", la inauguración del primer banco y la implementación de los servicios de la luz eléctrica y telefónico y el transporte por tren y en vehículos automotores, la recreación mediante el cine y la iniciación del juego de lotería, la catástrofe aérea de 1937 y la actividad deportiva representada en el estadio Pascual Guerrero. Hace referencia a la destrucción del valioso Archivo Histórico de Cartago (1949). Concluye con un anexo sobre municipios, fundadores, fechas, población urbana y rural.

Los sucesos y conclusiones de que da cuenta este libro —escritos en estilo ameno y fácil a la comprensión— los ha relacionado el autor con cuanto estaba sucediendo en igual momento en otras latitudes, como forma de ubicarlos en el instante histórico y cultural que se vivía. Este libro constituye valioso aporte a la comprensión de la identidad vallecaucana en sus más remotas raíces y es de esperarse que el autor, dado su interés y capacitación en estos temas, intente el estudio de las corrientes de inmigración venidas desde las diferentes regiones de Colombia al "país vallecaucano", para mostrar cómo se está ante un verdadero crisol de razas y de patria que llevará a forjar la verdadera identidad nacional.

ÓSCAR LONDOÑO PINEDA

El triste mérito de ser un lugar donde más se irrespetan los derechos del hombre

Culturas para la paz
Suzy Bermúdez Q. (compiladora)
Fundación Alejandro Ángel Escobar,
Santafé de Bogotá, 1995, 314 págs.

Este libro reúne la mayor parte de las contribuciones que fueron presentadas al simposio "Culturas para la paz" en el VI Congreso Nacional de Antropología que se llevó a cabo en Bogotá en el mes de julio de 1992. Afortunadamente, en esta ocasión fue publicado el material fundamental del simposio, aunque con algún retardo. Mencionamos la cuestión del retardo en publicar el libro, puesto que hoy en Colombia, donde aceleración de la historia es in-

creíble, se comienza a diluir el superoptimismo constitucional, que pretendía que la adopción de una nueva carta magna y el reconocimiento jurídico de ciertas realidades eran suficientes para lograr los tan proclamados cambios hacia un nuevo país. La profunda crisis político-institucional y económico-social que conoce Colombia en los actuales momentos pone en cuestión el optimismo que, de manera unánime y acrítica, contaminó a todo el mundo: intelectuales, políticos y medios de comunicación. En la práctica, muchas de las formulaciones que alegremente se hacían en 1992, hoy no solamente deben ser repensadas sino cuestionadas. Tal es el caso, por ejemplo, de la postura optimista sobre los derechos humanos que, a partir de la reforma constitucional, suponía —o por lo menos solían decir desde los organismos gubernamentales, empezando por la Consejería de Derechos Humanos— que en Colombia ahora sí serían respetados los derechos fundamentales de toda la población. Mucha agua ha corrido en tan poco tiempo, lo que permite dudar de esas interpretaciones juridiqueras, como la que aparece en la primera parte del libro (págs. 6-74), sobre todo en el primer artículo de Magdala Velásquez, donde se exaltan las bondades de los derechos humanos vistos principalmente desde el punto de vista jurídico y se hace un llamado abstracto a la convivencia. Allí no se hacen referencias directas al problema fundamental de los derechos humanos en Colombia, que no es sólo el reconocimiento del derecho a la vida sino su protección real y efectiva y el castigo a la impunidad generalizada que es agenciada por muy variados poderes institucionales y parainstitucionales. Sin combatir efectivamente esas fuerzas, hablar de derechos humanos no deja de ser una afirmación retórica de moda, que poco contribuye en la práctica cotidiana a la protección de los derechos fundamentales de los seres humanos. La reciente actitud del parlamento europeo, que condenó al gobierno colombiano en materia de derechos humanos, evidencia la magnitud de su violación en nuestro país —que tiene el tristemente célebre mérito de ser uno de los lugares del mundo en donde se irrespetan con más frecuencia todos los derechos del hombre—, y pone de presente la idea elemental, pero cardinal en el caso de Colombia, de que el solo reconocimiento formal y jurídico de los derechos humanos no basta, si al mismo tiempo no existe una real voluntad política de tocar a fondo los intereses del poder y de la riqueza, que son la fuente original y nutricia de la violación de esos derechos. A este respecto, la compiladora del libro debería haber hecho una reactualización contextual del problema tanto de los derechos humanos como de la paz, teniendo en cuenta los acontecimientos de los tres años que siguieron a la realización del simposio sobre "Culturas para la paz", que ponen en duda el fundado optimismo posconstitucional que inundó al país y sobre el cual se gastaron no sólo miles de frascos de tinta y toneladas de papel sino también miles de millones de pesos, que bien se hubieran podido invertir de verdad en luchar por la protección de los derechos humanos de los habitantes de este maltratado país.

Al margen de esta aclaración inicial, se debe indicar que, como todo libro colectivo, el que ahora reseñamos es bastante desigual en calidad y coherencia. Esto se puede apreciar mirando los 24 artículos que componen el libro, que están agrupados en cuatro partes. Como es imposible presentar una visión global de un material tan heterogéneo, nos referimos a las contribuciones que nos han parecido más interesantes. De la primera parte, titulada "Propuestas generales a partir del marco legal del gobierno", se destaca el artículo "Por un país más allá de la sobrevivencia" de César Augusto Grajales. En éste se realza la idea, que hoy tiene tanta fuerza como cuando fue enunciada, de que Colombia es un "país de sobrevivientes". No de otra forma puede entenderse que mientras se proclama formalmente el respeto y el derecho a la diferencia, a la dignidad humana y mil bellezas por el estilo, en la práctica cotidiana cada vez se viva peor desde el punto de vista económico y social y se sofistique la violación de los derechos humanos (pág. 24). El autor ahonda con cifras en la catastrófica situación del país en los dos aspectos mencionados y señala, contra la opinión dominante en ese momento, las consecuencias profundamente negativas de la implementación del modelo neoliberal, modelo que en sí mismo es una violación de los más elementales derechos de la humanidad. También se destaca, en esta primera parte, la contribución de Pablo Tatay, del movimiento indígena Quintín Lame, sobre el nordeste caucano. Se recalca el problema de la concentración de la tierra, como obstáculo esencial para obtener una paz justa y duradera en los campos colombianos; también muestra cómo la intolerancia se ha convertido en uno de los mayores lastres de la cultura política colombiana, que impide la construcción de una sociedad democrática.

En la segunda parte, "La relación con el otro y con el entorno", se publica un artículo de Pierre Sauvage, sobre la América española vista por los europeos que no aporta nada de novedoso al asunto, pues simplemente es una reiteración de cosas ya archisabidas sobre el racismo europeo frente a los indígenas y los negros. Verdaderamente interesantes son los tres testimonios de experiencias reales de convivencia en el Chocó (págs. 98-111), en los cuales, de una manera sencilla pero profunda, se recuentan las formas de cotidianidad en esta empobrecida región colombiana, en la que, en medio de la más pavorosa adversidad, se desarrollan formas de convivencia y se muestra al mismo tiempo a los agentes sociales que son responsables de la pobreza y de la miseria de la región. Nuevamente se insiste sobre el problema de la tierra como generador de violencia. También se destaca el capítulo "Aportes indígenas para una ética contempo-

Colección Numismática del Banco de la República

Exposición permanente
Casa de Moneda

Billete de 50 pesos
1876
Banco de Colombia

Billete de 10 centavos
1877
Estado Soberano de Bolívar

Billete de 10 centavos
1885
Banco Nacional de los Estados Unidos de Colombia

Billete de 20 centavos
1885
Banco de Riohacha

Billete de 2 pesos
1887
Banco de Barranquilla

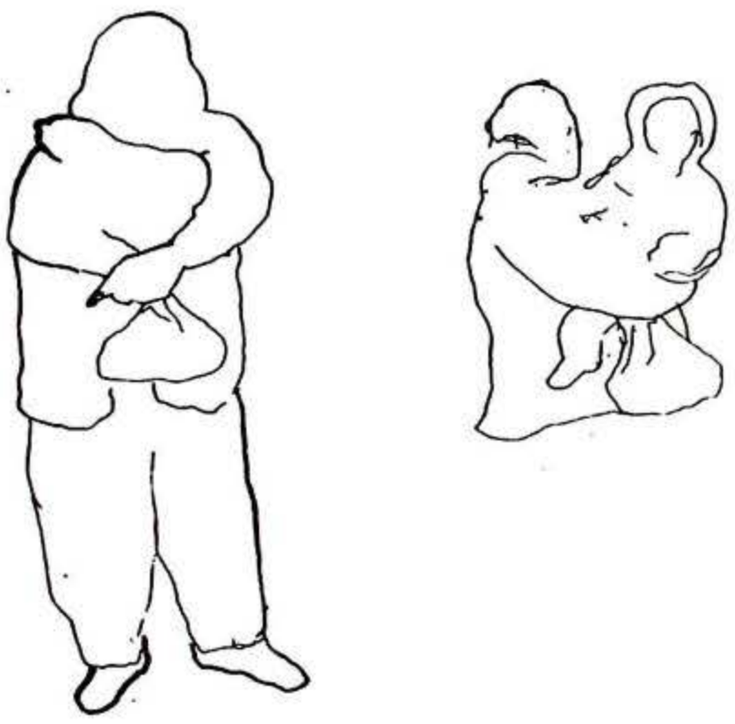
Billete de 1 peso
1900
Ejército Revolucionario

Billete de 1 peso
1926
Banco de la República

Billete de 5 pesos
1927
Banco de la República

Billete de 1 peso
1929
Banco de la República

ránea" del antropólogo Silvio Aristizábal Giraldo. En este breve pero sustancioso escrito, se destacan las contribuciones del pensamiento y de la cosmovisión indígena a una ética de la convivencia, real y no retórica, sobre las relaciones entre los seres humanos y de éstos con la naturaleza. Ahora que se ha puesto tan de moda la cuestión ecológica —que compite codo a codo con la moda de los derechos humanos—, el autor nos recuerda que entre los grupos indígenas hay desde tiempos inmemoriales una concepción de perenne vigencia: "A la luz del pensamiento indígena es inaceptable que un país o un grupo de personas explote los recursos de una región, pensando sólo en los beneficios económicos, sin tener en cuenta el daño que puede causar a la naturaleza y las consecuencias que de ello se derivan para otros pueblos o para las futuras generaciones". El artículo de Suzy Bermúdez (págs. 142-157), es una muy oportuna reflexión autobiográfica que teje una serie de reflexiones que cuestionan el mito de la ciencia como algo frío, objetivo y desapasionado.



La tercera parte, tal vez la más interesante del libro, se ocupa del tema "Jóvenes y centros urbanos", cuestión vital en un mundo de acelerada y al parecer irreversible urbanización. La importancia de esta parte radica en que los diversos trabajos proponen una reflexión desde múltiples ángulos y espacios: Medellín, Estados Unidos, Brasil. El artículo de más calidad, tanto por el rigor como por la problemática abordada, es sin duda el de Caroline Higgins, "Hacia el cambio de sujeto". La autora, que se centra en estudiar el caso de la ciudad de Los Ángeles, analiza la problemática acuciante de los "niños de la calle", teniendo en cuenta las características del capitalismo tardío y el impacto de la mundialización en los Estados Unidos, particularmente sobre los adolescentes y los niños. En un metarrelato convincente y de una gran calidad, partiendo de los estudios del reconocido y confeso marxista estadounidense Frederic Jamenson, analiza la "cartografía cognitiva del capitalismo internacional" en el presente decenio y sus repercusiones sobre el mundo de la calle en Estados Unidos. Sobresale también el artículo de Manuel Restrepo, titulado "Señores y carrangas", en el que se reconstruye con gran calidad literaria el lenguaje de las bandas de Medellín para describir sus características de funcionamiento interno y sus relaciones con el narcotráfico. Hay aquí un muy interesante esfuerzo por comprender la trama interior de la vida cotidiana de una importante franja de la población urbana del país, no sólo de Medellín sino de todas las grandes ciudades, de la que han surgido las bandas y señores del narcotráfico.

La cuarta parte, consagrada a la educación, es la más floja del texto. En los primeros artículos, sobre todo en el primero ("Cultura, interculturalidad y relaciones de poder en la educación colombiana") de Yolanda Bodnar, se hace un confuso y esquemático planteamiento que finalmente no es sino una lista de definiciones que no apuntan ni a analizar ni a clarificar absolutamente nada sobre el tema propuesto. El artículo que realmente salva esta deslucida parte del libro es el de Alejandro Sanz de Santamaría "Ciencia versus conciencia en la docencia", en el que de manera viva se recuenta la experiencia del autor en la enseñanza. Lo aleccionador del caso es que quien nos habla no es ningún profesor de escuela o bachillerato, que son los que se atreven a contar sus experiencias docentes, sino un reconocido profesor e investigador universitario, que además enseña en una temática tan árida como la economía. Esta autorreflexión crítica y sin concesiones muestra los límites de la escuela como un poder en el que se compra y se vende una mercancía especial: el saber. El autor cuestiona, a partir de su propia práctica, los límites del saber convencional que se basa en la transferencia de conocimientos desde el profesor al alumno. Muestra cómo, sin necesidad de pensar en transformaciones de la estructura educativa en su conjunto, libremente y con voluntad de trabajo se pueden emprender acciones educativas que cuestionan el orden establecido, mostrando las posibilidades de una labor creativa en el aula de clase.

En fin, este libro es desigual, como casi toda recopilación, y en él se encuentran desde los discursos "cientifistas" sobre diversos temas y las experiencias personales, vivas y dinámicas, que muestran que el saber de los letrados es muy limitado y no es sino una forma más de conocimiento. Aparecen las voces de una multitud de actores sociales, hombres, mujeres, jóvenes y niños, habitantes urbanos y rurales, seres humanos sedentarios y niños de la calle, que resultan mucho más importantes, para entender el problema de la paz y la ausencia de derechos humanos, que los discursos burocráticos y jurídicos —que también se encuen-

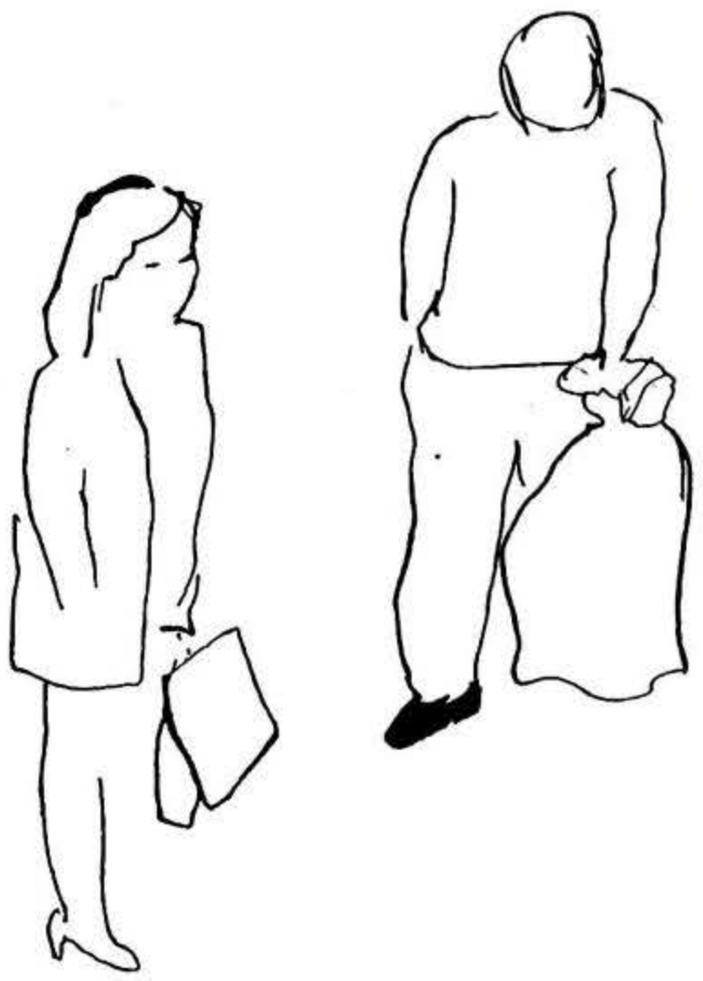
tran en el libro, y que desentonan con la riqueza vivencial que se observa en varios de los artículos comentados anteriormente—. Lo más significativo del libro, aunque no aparezca explícito, es el hecho de cuestionar el lenguaje y los límites de la ciencia y el saber, relacionados directamente con el poder y que son copartícipes y garantes de la dominación y de la explotación. Como contrapartida, en los mejores ensayos del libro se propone un acercamiento crítico del saber académico y del quehacer cotidiano de todos aquellos a quienes no se quiere ver ni escuchar, no porque no tengan ni presencia ni voz propia, sino porque a nombre de la "ciencia" no se les considera "objetos" dignos de ser estudiados.

RENÁN VEGA CANTOR

Historia extensísima de la Anapo

Resistencia y oposición al Establecimiento del Frente Nacional. Los orígenes de la Alianza Nacional Popular (Anapo), Colombia 1953-1964
César Augusto Ayala Diago
Colciencias, Comité de Investigaciones para el Desarrollo Científico, Cindec, Línea de Investigación en Historia Política, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1996, 371 págs.

En los últimos años ha revivido en Colombia la historia política, elaborada en forma diferente en comparación con la tradicional historia política que dominó los estudios históricos en Colombia por lo menos hasta fines de los años sesenta. A diferencia de la historia política tradicional, que reduce el análisis a los aspectos puramente institucionales de la acción política, tanto del Estado como de los partidos o de sus principales dirigentes, la nueva historia política parece reivindicar a lo político como una esfera autónoma, ligada a proyectos ideológicos, culturas políticas, programas, simbologías, imaginarios, actores individuales —dirigentes de los partidos o de sus fracciones, presidentes, caudillos, etc.— o actores políticos colectivos —partidos, fracciones, tendencias, representaciones parlamentarias, etc.—. Es decir, que la nueva reivindicación de la historia política implícitamente pretende diferenciarse de la historia social y de la historia económica, las ramas que han dominado los estudios históricos en Colombia en los últimos dos decenios. Esta diferenciación y clarificación del objeto de estudio de la historia política, por ahora nos parece ambigua: si, por una parte, efectivamente es positivo que se empiece a estudiar lo político como un factor histórico específico —y crucial para entender a cualquier sociedad—, por otra parte es problemático pretender una separación casi absoluta con la historia como totalidad o por lo menos con la historia social y económica.



Esta aclaración introductoria es hecha para contextualizar el libro de César Ayala, sobre los orígenes de la Anapo, que se inscribe dentro de un proyecto más amplio tanto del autor como de una línea específica en historia política que empieza a publicar sus primeros resultados. Este libro está dividido en cuatro extensos capítulos. El primero se titula "Alternativas políticas al sistema bipartidista nacional 1953-1957" (págs. 21-71), en el cual el autor hace un recuento general del gobierno militar de Gustavo Rojas Pinilla, concentrándose en sus intentos por dotarse de una base política propia, opuesta o por lo menos diferente al tradicional bipartidismo colombiano. En ese sentido, analiza los fallidos intentos del Movimiento de Acción Nacional (Man), la Tercera Fuerza, el Nuevo Orden. En este capítulo se explica también la evolución del gobierno de Rojas, así como la conformación del Frente Civil oligárquico y las acciones de mayo de 1957 que pusieron fin a ese gobierno. En este capítulo no hay verdaderamente nada novedoso respecto a lo que ya se conocía sobre ese tema, en obras tales como las de John D. Marz (*Colombia, un estudio de política contemporánea*), de Carlos Urán (*Rojas o la manipulación del poder*) o de Silvia Galvis y Alberto Donadío (*El jefe supremo*). Una idea que sí es diferente con respecto a lo dicho por estos autores, es la relacionada con la supuesta tolerancia política que Rojas desarrolló durante su gobierno. En este punto el autor discrepa con las concepciones tradicionales más abiertamente antirrojistas y proliberales que consideraron que en ese gobierno no hubo tolerancia, precisamente porque se atacó a los partidos tradicionales y se censuró a la "Gran Prensa". En su análisis, Ayala no pudo sustraerse a la vieja actitud de los historiadores cuando de referirse al gobierno de Rojas se trata —iniciada por allá en 1956 con Vernon Fluharty en su libro *La danza de los millones*— de asumir dos posiciones extremas: aplaudir al régimen militar o detestarlo totalmente —como es el caso, por ejemplo, de las obras, ya mencionadas anteriormente, de J. Marz y Silvia Galvis y Alberto Donadío—. Ayala tiende a reivindicar la tolerancia del régimen desconociendo —lo que ni menciona en esta parte del libro— la actitud anticomunista de Rojas y la violencia desatada contra sectores agrarios influidos por el partido comunista en diferentes regiones del país. El término *tolerancia*, que Ayala utiliza, tiene, entonces, en el caso de Rojas un significado bien curioso: reducirlo a los intentos de organizar fuerzas o acciones bipartidistas, pues Rojas en este terreno recurrió tanto a liberales, conservadores, gaitanistas e incluso a socialistas no marxistas, a pesar de haber sido intolerante con otras fuerzas de izquierda. Es decir, que la tolerancia del régimen militar fue algo así como una tolerancia restringida.